Nómadas 6

La Verdad de la Imaginación

∞

Octavio Déniz



La historia que te voy a contar es un relato de amor, de poesía, de amor a la vida, pero también es una historia de muerte y de inmortalidad. Una historia acerca de cómo lo más grande, contiene a lo más pequeño. De cómo lo más simple se vuelve hermoso cuando se observa con la mirada precisa. Esta es una historia de opuestos que se reconcilian. Una historia donde hay belleza, pasión, imaginación, tragedia y redención.

La historia de un hombre que buscó y encontró el camino real hacia los secretos más profundos del alma humana. Y sin embargo, apenas tuvo tiempo para revelarnos todo lo que había visto en su peregrinar.

Es la historia del que, probablemente, sea el más grande poeta de todos los tiempos. Sí, el más grande.

John Keats.

febrero 2021

https://asienlatierrablog.wordpress.com/2021/02/19/nomadas-6-la-verdad-de-la-imaginacion/

Imágenes de Dominio Público

John Keats

Debo confesar que me resulta difícil acometer este relato. No puedo ser objetivo. Ni puedo contar la historia de John Keats de forma desapasionada. No puedo.

John Keats ha sido un faro en mi vida desde que descubrí su obra hace casi treinta años. Ha pasado el tiempo. Ahora hay más información acerca de su vida y mejores ediciones de sus obras. Tenemos a nuestra disposición todas sus cartas y las de aquellos que compartieron su vida. Y con el paso del tiempo, la pasión por su obra, por su vida, por todo lo que representa, no decrece en mí.

Al contrario. Aumenta.

Tanto él, como otros autores contemporáneos suyos, han sido fundamentales a la hora de construir mi propia visión de la realidad. Del arte. De la Vida.

Es difícil ordenar tantas ideas, tanto por contar, pero sobre todo, tanta emoción. Espero que el propio Keats me ayude a contar su historia como debe ser contada.

Te aseguro que cuando entras en el universo de John Keats y en el de los poetas de su generación, pero sobre todo cuando profundizas en él, cuando te dejas guiar a sus cumbres, y a sus abismos, algo, algo se rompe dentro de ti. Y también algo muy hermoso, nace y crece. Nada es igual.

La herida que John Keats portaba en su alma aún derrama luz.

Tomemos esa luz en nuestras manos y entremos en este universo. El universo de los poetas románticos. El universo de John Keats.

John Keats nació el 31 de octubre de 1795 en Londres, y bajo el signo de Escorpio. Era el primogénito de cuatro hermanos. Tres varones: él mismo, George y Tom. Y una mujer: Frances o Fanny, la más pequeña de los cuatro.

La infancia de Keats, como casi toda su corta vida, está marcada por las pérdidas, por las estrecheces, por todo lo que puede ser y nunca a llega a ser. Se crió en una familia humilde, puesto que su padre era un cuidador de establos.

Keats quedó huérfano de padre a una temprana edad, apenas 9 años. Y a esta pérdida le siguió otra. Su madre, Frances (un nombre que se repetirá en su vida), se vuelve a casar. Pero al sentir que fracasa en su matrimonio, abandona a el hogar familiar y deja a sus cuatro hijos a cargo de la abuela. Regresará unos años después, cuando John tiene 13 años. El reencuentro con la madre que les había abandonado, deja en él una huella imborrable. Pero muy pronto, la madre enferma de tuberculosis y es el propio John Keats, quien la cuida hasta su último día. Es él quien la abraza en su último instante, es él quien la acompaña en su entierro, y todo esto con apenas 15 años de edad.

Toda la personalidad de Keats se debe entender a la luz de este sentimiento absoluto de orfandad. Una idea que siempre le persiguió. No importa cuánto ames a alguien, no importa que seas capaz de perdonar lo imperdonable, no importa que cuides con todas tus fuerzas a tus seres queridos, que te desvivas por ellos. No puedes aferrarte a ningún amor, a ningún consuelo, porque la muerte te los arrebatará más pronto que tarde.

En el mito personal de Keats, el lobo siempre gana. La muerte tiene la victoria final.



Keats se construirá como un hombre que no puede echar raíces en ninguna parte, alguien que perpetuamente está en busca de algo que no sabe qué es. Un hombre inquieto, con una mente tan genial como caótica. Pleno de inspiración, pero también nervioso, aprensivo, melancólico, ansioso, contradictorio. Un hombre que, como él mismo decía, era un poco dado a presagiar enfermedades, como los cuervos. Alguien con un concepto de la amistad que roza lo sagrado, y siempre, siempre, pendiente de sus tres hermanos. Pendiente de todos.

El cariño y el cuidado que profesó a sus hermanos, especialmente a los más pequeños, Fanny y Tom, va más allá de las obligaciones de un hermano mayor. Fue el eslabón que los mantuvo unidos.

Porque incluso, en las cartas que escribe a su hermano George, que emigró a América, se nos muestra esa obsesión de Keats porque todos estén bien. Casi de forma angustiosa, Keats se siente responsable de todos. Le pregunta a su hermana si tiene abrigo para pasar el invierno, que se cuide del frío.

Porque Keats, como veremos, fue un hombre generoso y esencialmente bueno. Como dijo de él su mejor amigo: "Keats era radicalmente bueno e intachable".

Aun así, en el carácter de Keats también hay espacio para la ira. Como en una ocasión en que su hermano Tom sufre una broma cruel y él debe salir en su defensa. Sabemos que en su infancia fue propenso a las peleas, pero es un rasgo que desaparece en su edad adulta.

Keats gastó casi toda la herencia que recibió después de la muerte de su madre en comenzar estudios de medicina. Aprendió lo suficiente como para ser lo que hoy en día llamaríamos un enfermero. Y quizás hubiera sido médico, si no fuera porque, en cierto momento de su vida, la poesía se cruzó en su camino. Él no había sido un amante de la lectura siendo niño, pero lo fue de adulto. Y fue el rayo de la poesía quien hizo temblar toda su existencia y cambió para siempre el curso de su existencia. Desde ese momento, se dedicó a ella con todo su cuerpo y con toda su alma.

Aun así, hubo momentos en que dudó, en que quiso volver atrás y seguir su formación como médico, por una razón que ya conoceremos. Pero cuando quiso hacerlo, ya era tarde. Keats fue siempre radicalmente pobre y, además, el veneno de la poesía ya circulaba por su cuerpo.

Esto es algo que me hace pensar en ocasiones. ¿Cómo seríamos si no hubiéramos tomado el camino que al final acabamos tomando? Cuando eres joven, todas las opciones aparecen abiertas ante ti. Pero algo, la vida, tu temperamento, el destino, algo, hace que escojas unos senderos y no otros. ¿Por qué esos y no los otros?

Quizá con el tiempo, adquieres esa sensación de lo inevitable que se tiene cuando se peinan canas. Has seguido el camino que tenías que seguir. Lo que tenías que hacer es lo que estás haciendo. Lo que tenías que llegar a ser es lo que eres.

Por supuesto, desde la distancia del tiempo, sabemos que John Keats hizo lo que tenía que hacer y fue quien tenía que ser.

En cierto momento escribió:

> *"Tengo que escoger, por decirlo así, entre dos venenos (aunque no debiera llamarlos venenos): uno es estar viajando entre Inglaterra y la India durante algunos años, el otro es llevar una vida febril a solas con la poesía".*

Por supuesto, son los pensamientos de un hombre demasiado joven que aún ve muchos caminos abiertos. Pero afortunadamente, al final escogió el veneno correcto.

En 1817 y por mediación de Leigh Hunt, un personaje fundamental en la vida de otros autores del momento, como Shelley, John Keats publica su primer libro, denominado, simplemente "Poemas". El libro aparece en un momento de batallas literarias entre aquellos que defienden el estilo clásico y los modernos autores románticos. Keats es moderno y además es un desconocido. Así que su libro es destrozado por la crítica.

Después de un viaje a la isla de Wight, Keats se instala con sus hermanos en Hampstead, más decidido que nunca a triunfar y escribe:

> *"Me doy cuenta de que no puedo vivir sin la poesía, sin la eterna poesía; y no me basta media jornada, quiero la jornada entera; empiezo por poco, pero la costumbre ha hecho de mí un leviatán, y por haber estado dos días sin escribir nada, un temblor me invadió de pies a cabeza."*

En 1818 escribe un poema largo, Endymion, una obra que habla de la dificultad entre escoger el amor real o el amor idealizado. Un poema que comienza así:

> *Una cosa bella es una eterna alegría;*
> *Su hermosura aumenta,*
> *Nunca se disolverá en la nada,*
> *Pero siempre conservará una tranquila glorieta para nosotros,*
> *Y un dormir pleno de hermosos sueños,*
> *Y salud, y respiración tranquila.*
> *Por lo tanto, cada mañana,*
> *Vamos tejiendo una guirnalda de flores que nos liga a la tierra,*
> *A pesar del abatimiento,*
> *De la inhumana escasez de naturalezas nobles,*
> *De los días sombríos,*
> *De todos los insalubres y demasiado oscuros caminos*
> *Hechos para nuestra búsqueda.*
> *Sí, a pesar de todo,*
> *Alguna bella forma nos arranca la mortaja de nuestros oscurecidos espíritus.*
> *Tales como el sol, la luna,*
> *Árboles viejos y jóvenes,*
> *Que hacen germinar la gracia de su sombra para las sencillas ovejas,*
> *Y tales son los narcisos con el mundo verde donde habitan;*
> *Y limpios arroyos que hacen para sí mimos una cubierta refrescante*
> *Para protegerse del calor de la estación...*

En el verano de ese año de 1818, Keats se marcha a un viaje con su amigo Brown a la comarca de los Lagos en Escocia. Es ahí donde se manifiestan los primeros signos de una enfermedad que marcará su vida. La tuberculosis.

Pero Keats no tiene tiempo de ocuparse de sí mismo. A la vuelta de Escocia, su hermano Tom empeora, precisamente, de la tuberculosis que ya padecía.

Con infinita dedicación, Keats se dedica en cuerpo y alma a cuidar de su hermano, el más querido por todos. Parece que las tragedias en su vida no habían finalizado con la pérdida temprana de sus padres.

Tom Keats falleció en otoño de aquel año de 1818. Lo que significó no sólo un golpe durísimo para John, sino que además se vio acompañado por la separación de todos los hermanos. George emigró con su mujer a Estados Unidos y la pequeña, Fanny, estaba al cuidado de un tutor que no permitía las visitas de John y apenas le hacía llegar sus cartas.

Así que John decide irse a vivir con su amigo Brown y compartir así los gastos en la casa de éste en Wentworth. El lugar donde escribiría sus mejores versos y también el lugar donde, como veremos más tarde, conoció el amor. Un amor que le haría crecer como hombre y como poeta.

Carácter

Algo he dicho acerca del carácter de John Keats, pero quiero detenerme un poco en él.

Keats, era un hombre de altibajos. A veces feliz y extrovertido, a veces depresivo y encerrado en sí mismo. Su mundo exterior era luminoso, el propio de alguien que ama a los suyos, sean familiares o amigos. Alguien que quiere cuidar de todos, que no desea ver sufrir a nadie. Pero su mundo interior era tenebroso, atormentado, ansioso, preocupado.

Keats era sociable. Se distinguía por su amabilidad y por su trato cordial. Pero también tenía momentos en que sólo ansiaba la soledad. Una soledad que necesitaba para poder crear.

Un hombre que a veces confiaba en sí mismo como artista, y en otros momentos, dudaba. Caía en la desesperación. Hambriento de fama, de reconocimiento, y al mismo tiempo deseando no triunfar, ni ser conocido.

Alguien que amaba los placeres, el vino, la conversación, pasar una tarde con un amigo, pasear por lugares hermosos, el buen tiempo y los buenos libros. Un amante de la naturaleza que se embriagaba con la belleza. Una belleza que se desborda por todos los márgenes de su obra.

Sus amigos le decepcionaron en más de una ocasión, pero John Keats intentó siempre limar las asperezas. Porque él consideraba la amistad como algo sagrado.

Sabemos que John Keats admiraba la poesía de Shakespeare. Pero cualquiera que haya leído, que haya estudiado, que haya sentido la poesía de Keats, sólo admirará a Keats. En poesía, John Keats es Todo.

Keats sentía un rechazo visceral hacia la popularidad: "Nunca he escrito una sola línea de poesía con la más mínima sombra de lo que pueda estar pensando el público". Pero al mismo tiempo, desea tener éxito. Y también dice: "Nunca espero conseguir nada con mis libros, y además, deseo no publicar". Pero lo cierto es que publica algunas de sus obras y quiere conseguir buenos contratos y éxito.

Como decía aquel verso de Whitman: "¿me contradigo acaso? me contradigo".

Y Keats se contradecía.

Pienso que John Keats era muy consciente de que su nombre estaría entre los más importantes de la literatura. No podía ser ignorante con respecto a su propio genio. Pero al mismo tiempo, duda, y cree que quizás será olvidado. También es cierto que su enfermedad final contribuyó en gran medida a que su confianza en sí mismo se deteriorara. Y por supuesto las críticas, despiadadas, que recibió a lo largo de toda su vida creativa.

Unas críticas a las que no fueron ajenos otros compañeros de generación romántica, como Percy Shelley.

Románticos

Por supuesto cuando hablo del romanticismo no me refiero aquí a ningún cantante edulcorado de moda, ni a las telenovelas, ni a las películas de domingos en la televisión. Me refiero al romanticismo en su auténtica definición.

El romanticismo es un movimiento artístico y también, no lo olvidemos, filosófico, que floreció en Europa a finales del siglo XVIII y durante una parte del siglo XIX.

Un movimiento que nace, en parte, como reacción a los excesos de la Ilustración. Una Ilustración que para la mentalidad romántica había matado todo aquello que es sagrado y misterioso, que había renunciado a la verdad profunda de la vida, a todo lo bello, a la verdad de la Imaginación.

En las enciclopedias leerás que los románticos daban importancia a los sentimientos, y es verdad, pero es una verdad a medias. De hecho, las enciclopedias son hijas de la Ilustración. Realmente, lo que de verdad buscaron los románticos fue recuperar el antiguo diálogo entre el alma humana y el alma del mundo. Un diálogo que se había roto con la Revolución Industrial, con la mentalidad materialista, con la idea impuesta de que el ser humano es poco más que una máquina. ¿Te suena?

Los románticos persiguieron poner al alma en el centro del debate. Por eso fueron revolucionarios.

Los románticos son los primeros en reconocer la importancia del inconsciente, mucho antes de que autores como Freud, y sobre todo Carl Gustav Jung, se internaran en esos territorios. De hecho, yo sitúo a Jung dentro de una larga tradición filosófica que nace con Platón, que corre a lo largo de los tiempos con todos los místicos, como Rumi, o San Juan de la Cruz. Una tradición que florece en el romanticismo europeo de principios del siglo XIX y en el trascendentalismo norteamericano de Emerson, Thoreau o Whitman. Una tradición que da su fruto, maduro, en la obra de Carl Gustav Jung.

Los románticos, como el joven Goethe, o el gran Novalis, los de la primera generación de poetas ingleses: Lamb, Wordsworth o Coleridge, todos ellos desembocan en esa segunda generación que forman Lord Byron, Percy Shelley, su esposa Mary Shelley y John Keats.

Casi todos los poetas de esta generación vivieron rápido y murieron jóvenes. Como estrellas del rock de hace doscientos años, estos poetas apuraron la copa de la vida hasta la última gota. Vivieron la exaltación de los sentidos, el goce de la existencia. También las tormentas interiores, las contradicciones, los momentos de oscuridad y de duelo. Todos ellos tuvieron encuentros

dolorosos con las verdades de la vida y por eso, supieron vivirla de un modo exaltado, como un arrebato.

Ellos nos enseñaron la única manera en que, creo yo, se puede vivir esta vida: apasionadamente. En cuerpo y alma.

Los poetas del romanticismo entendieron, mucho antes que nadie, que en el ser humano existen pozos sin fondo, auténticas simas cuya hondura y cuyo contenido desconocemos. Eso que Jung llamó la Sombra y que no es sino la puerta de entrada a un mundo fabuloso, lleno de tesoros. El mundo del inconsciente.

Estos poetas, de un modo intuitivo, entendieron que sólo cuando te pierdes en las curvas del camino, sólo cuando tomas el sendero equivocado, es cuando de verdad puedes llegar a tu destino. No hay un camino recto a ninguna parte. No hay un camino fácil.

Hoy en día estamos hambrientos de absoluto, sedientos de infinito y no lo sabemos. Por eso nos perdemos tan fácilmente en las distracciones del mundo, en el narcicismo, en la neurosis, en las mil y una adicciones, en el millón de continuas distracciones. Nos creemos más listos que nadie, y somos tan tontos que caemos en todas las trampas del sistema.

Hemos perdido el alma, esa alma que los románticos persiguieron a través de sus obras y de sus vidas.

No sé si los románticos, de vivir ahora, hubieran escrito poemas en Twitter o más bien hubieran destrozado las pantallas a martillazos. Quiero imaginarlos como modernos luditas, pero cada uno es hijo de su tiempo.

Ellos reclamaban el poder del individuo frente a la sociedad colmena que nos quieren vender en la actualidad. Valoraban lo diferente, lo genial, lo creativo. Apreciaban su propia subjetividad. Entendían que la obra, como la vida, es algo que siempre acaba siendo imperfecto, que nunca se completa del todo.

Los románticos fueron también los primeros ecologistas, pero no en el sentido moderno y político del término. Eran ecologistas en el sentido más espiritual de la palabra. Ellos se sobrecogían con la naturaleza. Tanto en sus momentos más plácidos como en sus instantes de furia. Aspiraban a ser uno con ella, y la naturaleza era un personaje más en sus obras.



El Funeral de Shelley por Edouard Fournier

Ellos entendieron perfectamente la idea budista de que todo está en perpetuo cambio, y que por lo tanto, nada posee una naturaleza fija. Como dice el célebre verso de Shelley: "nada perdura, salvo la propia mutabilidad". Por eso, amaban los paisajes dramáticos de las montañas, las tormentas, o el mar enfurecido. Y por eso, el propio Percy Shelley murió ahogado en una tempestad.

Creo que no necesito explicar que nos falta romanticismo. Ahora es más necesario que nunca, sobre todo, entre los más jóvenes. Necesitan dosis de vitamina romántica para aprender a vivir, para aprender a amar.

John Keats amaba la poesía y el único consejo que yo le podría dar a un hombre joven es que lea poesía.

Lee poesía. Porque sin la poesía nunca entenderás la diferencia entre el tiempo y los tiempos. Ni sabrás que una rosa, es una rosa, es una rosa. No sentirás temblar tu mundo por un aullido, ni entenderás por qué ahora mismo vivimos en una tierra baldía. No sabrás por qué, cada átomo que me pertenece, también te pertenece.

No sabrás qué es la noche oscura del alma, ni cómo cantar al hermano sol y a la hermana luna.

No sentirás la belleza dramática de un paisaje de montaña. Ni la valentía del árbol que crece en el borde del acantilado. Tampoco percibirás el sutil cambio en el color de la pupila de una mujer después de hacer el amor.

Todas esas maravillas pasarán ante ti, y no las verás. Estarás ciego. Porque no has leído poesía.

Tienes que leer poesía antes de que tu alma sea vendida en la plaza pública. Antes de que la pierdas para siempre. Antes de que se te escape la oportunidad de conocer qué es la belleza.

Filosofía

La belleza fue uno de los grandes temas del pensamiento y de la obra de John Keats. Cuando John Keats habla de la belleza, no habla de la belleza prostituida y falsa de una pose de Instagram. Habla del encuentro con aquello que nos transforma porque supone un desafío a nuestra aburrida comodidad. La belleza no puede ser tal si no nos causa un escalofrío, un temblor. Si no nos llega muy dentro.

Como dice en una carta:

> *"Tengo la seguridad de que escribiré por el mero anhelo y amor por la belleza, incluso en el caso de que los trabajos de mis noches fueran quemados por las mañanas y ningún ojo pudiera jamás brillar por ellos."*

Dentro de la tradición espiritual y filosófica de Keats, la belleza es algo de un valor supremo, algo que, en su esencia más pura, nos acerca a la verdad. Como dice en sus versos más famosos.

> *"La belleza es verdad.*
> *La verdad es belleza.*
> *Esto es todo lo que sabes en la tierra.*
> *Y todo lo que necesitas saber."*

No necesitas más para transitar por la vida. Basta con que seas un degustador de la belleza, de la auténtica belleza, que es aquella deja un rastro en el alma. Eso es vivir, para John Keats.

Él mismo lo narra en el mismo poema:

> *"Las melodías oídas son dulces, pero aquellas que no se oyen, son las más dulces"*

Y en una carta a su amigo Reynolds, por ejemplo, le da el siguiente consejo: "atibórrate de la miel de la vida".

Como hombre, John Keats persiguió toda su vida la felicidad. Como poeta, su búsqueda estuvo inspirada por el deseo de encontrar la belleza.

La felicidad es algo instantáneo, que se debe saborear en cuanto llega, sin mayores pretensiones:

> *"No la busco si no es en el aquí y ahora. Solo el instante es capaz de sobresaltarme. El sol poniente siempre me restaurará, o si un gorrión llega a mi ventana, formo parte de su existencia y picoteo en la gravilla".*

Keats profesa adoración a todo aquello que es efímero. Porque la belleza, en este mundo, es algo fugitivo, y sólo podemos acceder a ella en el instante en que el milagro ocurre ante nosotros. Sólo quien tiene los ojos abiertos, quien tiene la percepción de un poeta, es capaz de entenderlo.

A su amigo Benjamin Bailey le dice: "La suerte de sentir esa felicidad solo puede recaer en aquellos que disfrutan de las sensaciones más de lo que hacen los que, como tú, van detrás de la razón".

Pero ese aspecto efímero de la felicidad hace que esta no sea posible por largo tiempo. Esta es una de las muchas enseñanzas de Keats. Puedes tener destellos de felicidad, pero si intentas atraparlos, si intentas que duren, te quedarás con las manos vacías.

La belleza es, por tanto, la percepción del instante. Sabiendo que es fugaz, inaprensible. Y esta es una realidad emocionante y descorazonadora.

Aquí es importante entender lo que él denomina, la capacidad negativa, que según sus palabras:

> *"Tiene lugar cuando un hombre es capaz de convivir con la incertidumbre, el misterio, las dudas, sin estar irritable ni sentir la necesidad de echar mano de la razón ni de los hechos."*

En su filosofía, a través de sus cartas, vemos destellos de grandes ideas. Ideas que no pudo desarrollar completamente. No tuvo tiempo.

Por ejemplo, está la importancia que da a la evolución del ser humano. Al encuentro paulatino con uno mismo. Lo que Keats anhelaba era, en sus propias palabras: "ser el yo mismo, que yo sé que soy".

Creo que es la mejor definición de lo que debe ser la búsqueda personal. Ser la mejor versión de lo que uno es. No competir con otros, ni quedarnos anclados en lo que ya somos. Se trata de alcanzar la plenitud de lo que se puede ser.

Un ser que no está cerrado en sí mismo, tal como dice en estas palabras:

> *"Seamos más bien como flores con sus pétalos abiertos, echando brotes pacientemente, y aceptando consejos de cada noble insecto que nos hace el favor de visitarnos".*

Porque John Keats era un hombre humilde, pero enérgico con su arte. Keats rechaza la poesía vacía, la grandilocuencia que esconde una falta de ideas. Él quiere crear su propio lenguaje, y lo consigue.

> *"Escribiré desde la independencia. He escrito desde la independencia. Lo que es creativo, debe crear por sí mismo. Nunca he tenido miedo al fracaso; pues antes preferiría fracasar que no estar entre los más grandes."*

Pero una de las idas más importantes de su pensamiento, es el concepto de que el alma humana no es algo fijo y completo. Es algo que tenemos que ir construyendo, y es así como la vamos encontrando.

En una carta a su hermano George, dice lo siguiente:

> *Ahora descubrirás para que sirve el mundo: Comienza, por favor, a llamar al Mundo "El Valle donde se forjan las almas". Y digo alma. No hay que confundir el alma con la inteligencia. Habrá millones de personas que posean la inteligencia o destellos de la Divinidad. Pero no serán almas hasta no adquirir su propia identidad. Hasta que no sean ellas mismas de una manera personalizada.*
>
> *Las inteligencias son átomos de percepción: saben, ven y son puras. Para acabar pronto, "son Dios".*
>
> *Entonces, ¿cómo se hace para fabricar almas?*
>
> *¿Cómo no ha de ser sino por la intermediación de un mundo como éste?*
>
> *Diré que el mundo es un colegio fundado con el propósito de enseñar a leer a los niñitos. Diré que el corazón humano es el abecedario utilizado en esa escuela. Y diré que el niño que sabe leer es el alma formada en esta escuela y que lee en ese libro.*
>
> *No veas cuantas penas y dolores son necesarios para construir una inteligencia y para fabricar un alma. Un lugar donde el corazón siente y sufre de mil maneras diferentes.*
>
> *De la misma manera que las vidas de los humanos son diversas, también lo son las almas, y así Dios crea sus individualidades, sus almas. Almas dotadas de identidad. Destellos de Su propia esencia.*

Así que, según Keats, el alma es algo que se construye. Y es ahí donde el ser humano tiene algo que hacer, es ahí donde participa en la creación divina. Porque sin nosotros, el universo no puede funcionar. No somos pequeñas pulgas alrededor de una mota de polvo en los confines del universo. Somos el corazón del universo. Este es un concepto romántico, completamente revolucionario tanto en el siglo XIX como en el XXI.

No. No somos datos, no somos números. Somos la clave de bóveda de todo lo que existe. Porque todo es conciencia y nosotros, somo conciencia.

Pero ¿cómo llegar a ese entendimiento? ¿Cómo conectar al alma humana con el alma del mundo? Keats nos da la respuesta que sólo nos puede dar un artista: a través de la Imaginación.

Como dice Keats:

> *"Sólo estoy seguro de santidad de los afectos del corazón y de la verdad de la Imaginación. Lo que la imaginación entiende por belleza debe ser verdad, existiera antes o no."*

La Musa

Y vamos llegando al momento decisivo en la vida de John Keats. El encuentro con la mujer que cambiará su vida.

Cuando hablamos de poetas y de musas, no podemos olvidar el amor de Dante Alighieri hacia una mujer con la que nunca intercambió una palabra, una mujer que le inspiró en vida, pero sobre todo tras su temprana muerte, Beatrice Portinari.

Nadie la recordaría hoy en día, si no fuera porque Dante, la sitúo como su guía en el Paraíso de la Divina Comedia. Porque Beatrice no fue una mujer destacada. Y es que la musa no tiene por qué ser, necesariamente, una mujer espiritualmente elevada, ni siquiera culta. Es lo que el artista proyecta en ella lo que hace grande, lo que la hace inmortal.

Por supuesto, no podemos hablar de proyecciones, ni de musas, sin citar a Carl Gustav Jung. Para Jung, la musa no es otra cosa que una de las múltiples formas que adopta el ánima masculina.

El ánima es una entidad psíquica que contiene todo aquello que el hombre atesora como "lo femenino dentro de él". Una entidad que, normalmente, el propio hombre ignora. Se genera en el contacto con las mujeres. En primer lugar, con la madre, y luego, con todas las mujeres que conoce. Y como el inconsciente personal conecta con el inconsciente colectivo, también se nutre de múltiples imágenes arquetípicas. En otras palabras, la mujer que habita dentro de la psique del hombre, es una mezcla de sus propias experiencias y de las vivencias de todos los hombres que han sido en este mundo. Ahí está guardada la madre primordial, la madre naturaleza; la virgen, la prostituta, la mujer sabia, la seductora, la que trae la muerte, y muchas imágenes más.

Este ánima, como algún día explicaré con detalle, es una guía hacia el territorio interior del hombre. Hacia el infierno y el paraíso que habita en él. Y mientras sea inconsciente ante esta presencia, verá a las mujeres reales, sólo como una proyección de esa mujer interior. Sufrirá por ellas, pero en realidad sufre sí mismo. Las amará, pero realmente sólo se amará a sí mismo a través de muchos espejos.

Es necesario llevar la luz de la conciencia para separar a la mujer interior, la mujer arquetípica, de la presencia de las mujeres reales. Se necesita conciencia para liberarse de las proyecciones.

La musa es una de esas imágenes de la mujer interior. Muy necesaria, porque sin ella, el artista varón no puede crear. Y hay una verdad psíquica que ni el rancio posmodernismo puede negar. Un hombre hará todo por una mujer. Los actos que no realice para sí, los hará por ella y para ella. Ella lo movilizará como nada ni nadie puede hacerlo. Ella sacará de él sus mejores recursos.

Y lo más sorprendente para mí, y esto es algo que se repite una y otra vez en las confesiones que escucho de ellas y de ellos, es el desconocimiento del propio poder.

Hoy en día se habla mucho del poder de la mujer. Pero al final, cuando se rasca un poco detrás de la palabrería hueca de los ministerios o los informativos, nos encontramos con que lo que se valora, son logros económicos o laborales, los puestos de poder, las cuotas políticas. Es decir, el falso poder. El mismo poder externo que ha envenenado la vida de los varones durante milenios.

Nada se dice en este mundo contemporáneo acerca del alma de la mujer, de su verdadera fuente de poder. El alma, sea femenina o masculina, no interesa. Porque eso es lo que escucho una y otra vez en las confesiones de las mujeres: que han perdido su alma, que no la encuentran. Obligadas por no sé qué mandato social a conseguir éxitos externos, que están muy bien, pero desconectadas de sí mismas. Perdidas.

Como digo, el alma no interesa.

Así que, cuando hablamos del arquetipo de la musa, o como la llamaba la analista junguiana, Toni Wolff, la "mujer inspiradora", estamos hablando de un poder femenino que ayuda a crear. Un poder sobre el hombre que no disminuye en absoluto el poder creativo de la mujer. Porque el poder creador de la mujer, es mayor que el del hombre y de alcance más profundo.

Fanny Browne y las cartas de amor

Y John Keats encontró a su musa en una joven que muchos han tildado de frívola, superficial e incluso casi ignorante. Juicios que, como veremos, se ajustan muy poco a la verdad.



Fanny Brawne era la hija mayor de la viuda Frances Brawne. Tenía dos hermanos menores, Samuel y Margaret, a quien todos llamaban Toots. La viuda Browne y sus tres hijos se mudaron a la casa contigua a la que habitaban Keats y su amigo en Hampstead, en abril de 1819.

Realmente Keats y Fanny, ya se conocían del otoño anterior, pero el hecho de ser vecinos, les acercó aún más. En un primer momento, Keats fue crítico con ella. La tildaba de frívola. Pero muy pronto se enamoró de su vecina. Fanny, por su parte, recibía muchas invitaciones para fiestas, y bailaba con frecuencia con militares que pretendían conquistarla. Esto causaba una enorme ansiedad en Keats.

En el verano de ese año, Keats viaja a la Isla de Wight. La correspondencia entre ambos se vuelve más apasionada, pero también se entrecruzan los celos. Parece que la distancia les hace darse cuenta de la profundidad de sus emociones.

Al fin, a la vuelta de sus vacaciones, el 18 de octubre de 1819, Keats y Fanny se prometen matrimonio en secreto. En aquel momento, ella tenía 19 años, y él estaba a punto de cumplir 24.

Pero ambos sabían que su compromiso, no tenía ninguna oportunidad de éxito. Keats había dejado la medicina por la poesía y era demasiado pobre como para que la madre de Fanny aceptara el matrimonio. Aun así, la pasión entre ambos, no podía ser sofocada.



Casa-museo de John Keats

Se puede decir que John Keats tuvo dos grandes amores en su vida. Uno fue Fanny Browne, el segundo, era la muerte. A pesar de ser un amante de la vida, alguien que sabía disfrutar de los pequeños placeres de la existencia, Keats siempre tuvo una aguda consciencia de su propia mortalidad. La pasión por la vida era grande en él, pero como él mismo escribió:

> *"la muerte es más intensa, la muerte es la miel más elevada de la vida".*

De algún modo, yo creo que intuía que se iba a marchar muy joven.

Él se veía a sí mismo como un cobarde en su relación con Fanny, porque temía, según sus palabras, "no saber afrontar el dolor de ser feliz". Pero no por ello renunciaba a ese amor.

Como escribe en una de sus cartas a Fanny:

> *Nunca he sabido qué era el amor hasta que tú me lo has hecho sentir. Nunca creí en él. Mi fantasía le temía, para que no me quemara. Pero si tú me amaras del todo, incluso aunque me quemara en tu fuego, no sería insoportable, porque me aliviaría la humedad y el rocío del placer.*

Es en este tiempo cuando Keats escribe sus mejores poemas. Obras como la Oda a una urna griega, la Oda a un ruiseñor. También su gran poema, Hiperión, inspirado en Fanny. Y también, la Oda a la melancolía:

> *"Pero cuando el ataque de melancolía llegue repentinamente del cielo,*
> *Como una nube que llora,*
> *Que alimenta a todas las flores marchitas*
> *Y esconde la verde colina tras el velo de abril,*
> *Entonces sacia tu pena en una rosa temprana*
> *O en el arco iris de una ola arenosa y salada*
> *O en la riqueza de una redonda peonía.*

> *O si tu amante se muestra muy enfadada,*
> *Toma entre las tuyas su suave mano,*
> *Y déjala delirar,*
> *Y aliméntate profundamente, profundamente, de sus incomparables ojos."*

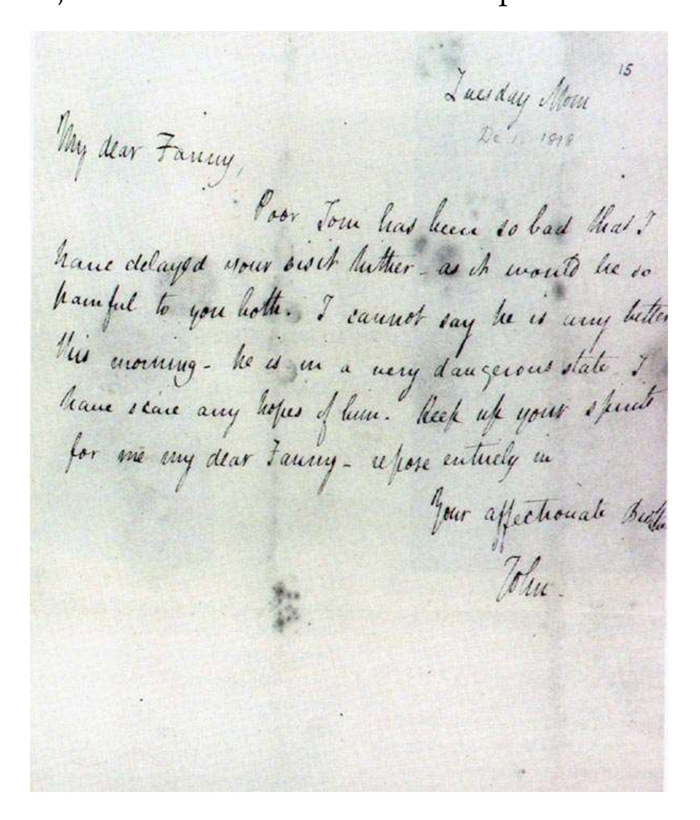
¿Cómo podía Keats amar a una mujer? ¿Cómo arriesgarse a vivir una pérdida como la de su madre, la persona que más debió cuidar de él, y quien más dolorosamente le falló? Keats nunca habló abiertamente de ese dolor primario, pero es algo que atraviesa todas sus cartas. Algo que también se observa en las cartas a Fanny. En su admiración por ella, pero también en sus celos infundados, también en sus pequeños y humanos enfados.

Hace muchos años que sostengo la teoría de que el valor real de un escritor se mide por la calidad de las cartas de amor que escribe.

Porque en contra de lo que se pueda pensar, para un autor este es un género extremadamente difícil. Un género que se mueve siempre en un equilibrio muy complejo entre el sentimiento y la autoexigencia. Un escritor se exige escribir siempre bien. O mejor que bien. Pero ¿cómo no dejarte llevar por la pasión cuando esta es auténtica? Y sobre todo, ¿cómo no caer en el sentimentalismo sin traicionar tu arte?

A fin de cuentas, una carta de amor sirve a un propósito muy simple. Llegar al corazón, abrirlo y mantenerlo abierto. Pero es tan, tan difícil escribir una buena de carta de amor cuando, precisamente, toda tu vida se basa en escribir.

Las cartas de John Keats a Fanny son piezas literarias extraordinarias. Y al mismo tiempo son tan humanas que nos conmueven. Vemos en ellas el sufrimiento de un hombre demasiado joven, demasiado talentoso, demasiado consciente de las imposibilidades de su vida.



15

Tuesday Morn

Dec 1 1818

My dear Fanny,

Poor Tom has been so bad that I have delayed your visit hither - as it would be so painful to you both. I cannot say he is any better this morning - he is in a very dangerous state. I have scarce any hopes of him. Keep up your spirits for me my dear Fanny - repose entirely in

Your affectionate Brother

John.

Carta de John Keats a Fanny Browne

En su viaje a la isla de Wight, Keats escribe a Fanny:

> *Ahora me encuentro ante una ventana muy agradable de una casa en el campo, contemplando un maravilloso paisaje de colinas por donde vislumbro el mar; la mañana es deliciosa. No sé cuánto de elástico podría ser mi espíritu, qué placer me podría proporcionar vivir aquí y respirar y vagar, libre como un ciervo por esta maravillosa costa, si no fuera porque el recuerdo de ti no pesara tanto sobre mí.*
>
> *Nunca he conocido una felicidad completa durante muchos días seguidos. La muerte o la enfermedad de alguien siempre han echado a perder mis horas, y ahora que ninguna de estas contrariedades me persigue, eres tú quien supone esa otra clase de dolor que me atosiga.*
>
> *Pregúntate a ti misma, mi amor, si no eres muy cruel al haberme hechizado de una manera que ha destruido mi libertad. ¿Lo confesarás en una carta que escribirás de inmediato y harás en ella todo lo que esté en tu mano para consolarme?*
>
> *Hazla sustanciosa, como un licor de amapolas para intoxicarme. Pon las más suaves palabras y bésalas para que, al menos, puedan mis labios posarse allí donde han estado los tuyos.*
>
> *En cuanto a mí, no sé cómo expresar mi devoción a una forma tan hermosa: necesito una palabra que brille más que la luz, que sea más hermosa que la misma hermosura.*
>
> *Desearía que fuéramos mariposas, que no viven más que tres días de verano. Tres días vividos contigo, me llenarían de más placer que el que podría obtener con cincuenta años normales de mi vida.*

Contrariamente a lo que se ha dicho durante mucho tiempo, Fanny leía a Keats y admiraba su obra. Lo sabemos por las cartas que ella enviaba a la hermana del poeta.

Fanny era una mujer interesada en la moda. Diseñaba su propia ropa y tenía talento para la costura. Antes de ser la novia de Keats, acudía a fiestas y quizá por eso, algunos la han tachado de superficial. A veces, da la sensación de que algunos biógrafos de Keats están tan hechizados por él, que sienten celos de Fanny.

Ella era, simplemente, una mujer joven en el tiempo en que conoció a Keats. Amaba la lectura, la música, tenía interés por la política y sabía defender sus argumentos en una discusión. Tenía bastante sentido del humor y por supuesto, dado su gusto por la moda, era bastante elegante. Era también compasiva, cariñosa con sus seres queridos y de buenos sentimientos.

En resumen, fue una mujer que demostró su amor en los buenos tiempos y en los malos, que estaban a punto de llegar.

Muerte

En la vida de toda persona hay momentos decisivos, momentos donde cambia la suerte. Seguramente para John Keats, ese momento fue el de 3 de febrero de 1820.

Ese día, Keats viajó a Londres y al volver, tuvo que comprar el billete más barato de la diligencia. Esto suponía viajar en el pescante, junto al cochero, durante una noche especialmente fría de invierno.

No sólo es que John Keats era tan rematadamente pobre que no podía aspirar a viajar dentro del coche. Es que ni siquiera tenía dinero para comprar un buen abrigo.

Cuando llegó a casa, se sintió mal. Tal como cuenta su amigo Brown, en un relato estremecedor, Keats empezó a toser, y escupió una gota de sangre. Como relata su amigo, Keats pidió una vela para ver bien la sangre. A continuación, miró a Brown con una expresión tranquila y con una contención que él nunca olvidaría y dijo:

> *"Conozco el color de esta sangre, es sangre arterial; no me engaño con respecto a este color, esta gota de sangre es mi garantía de muerte, voy a morir."*

En ese momento John Keats tenía 24 años de edad.

Lo que sigue es demasiado triste para ser contado con detalle. Pero es fácil de imaginar. Un hombre que está empezando a vivir, a reconocer su genio, en su mejor momento creativo, lleno de ideas. Enamorado.

Keats debe guardar reposo durante semanas que se convierten en meses. Se restringen las visitas. Ya sólo puede comunicarse con Fanny, con quien sólo le separa una pared, por carta.

Ella sale cada día al jardín para verle a través de la ventana. Pero pasa el verano y llega el otoño, y él le pide que apenas salga un minuto. Hace demasiado frío. Keats siempre cuidando de todos, siempre preocupado por todos. Mientras su cuerpo se consume. Hasta que ya no puede escribir, ya no puede ni leer.

A finales de ese año de 1820, llega una solución. Los médicos aconsejan que Keats viaje a un lugar con un clima más suave. A Italia. Keats decide pasar el invierno en Roma y le pide a su amigo Brown, que le acompañe. Pero Brown no contesta y ni siquiera se despide de él. Otra decepción, pero ningún reproche. A pesar de todo, Keats siguió considerándolo como su mejor amigo hasta el final.

La madre de Fanny no consiente en que su hija se case con Keats antes de su partida, y como mucho, acepta que, si vuelve, pueda celebrarse el matrimonio. Pero Keats, no volverá.

Al fin, se decide que un pintor, Joseph Severn, acompañe al poeta. Tras un viaje durísimo, ambos llegan a Roma. Sólo para encontrar con que la enfermedad empeora. Y Keats se desespera. Entiende que no debería haberse ido. Que la vida se le escapa y va a morir lejos de todas las personas que ama. Como dice en una carta, siente carbones ardiendo en su pecho. Decide que no escribirá más a Fanny. Quiere evitarle ese sufrimiento. Pero en todas las cartas que escribe a otras personas, sólo hay un tema, Fanny.

> *"El convencimiento de que no la volveré a ver me mata... Pero soportar la muerte. No puedo soportar dejarla. Oh Dios, Dios, Dios. Todo lo que tengo en mis baúles me la recuerda. Todo me atraviesa como una lanza. La veo. La escucho. No hay nada en el mundo con el suficiente interés que me distraiga de ella ni un sólo momento."*

Las últimas cartas de John Keats, se clavan en el corazón. Sobre todo cuando dice:

> *"He hecho todo el bien que he podido a todo el mundo y, sin embargo, ¿Por qué esto? No puedo entenderlo".*

Y posteriormente, añade:

> *"¿Hay otra vida? ¿Despertaré y encontraré que todo es un sueño? Tiene que haberla. No puede ser que hayamos sido creados para esta clase de sufrimiento."*

Los últimos días de Keats, los pasó al cuidado de su acompañante Joseph Severn, quien no se separó de él, leyéndole fragmentos del Quijote.

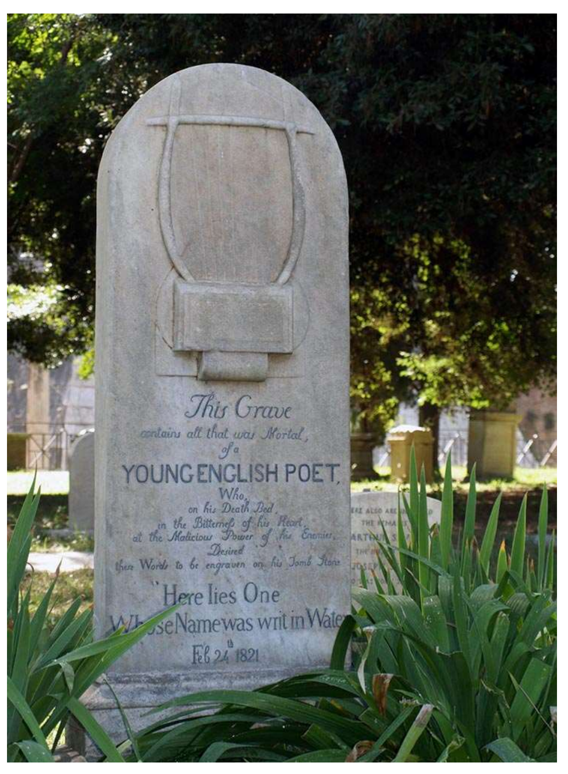
El 23 de febrero de 1821, a las 11 de la noche, Keats pronunció sus últimas palabras:

> *"Pronto yaceré en una tumba silenciosa. Gracias a dios por eso tumba silenciosa. Ya puedo sentir la tierra fría sobre mí. Las margaritas creciendo sobre mí."*

A continuación, murió en los brazos de Joseph Severn. Tenía 26 años de edad.

Según la ley italiana, todo lo que contenía el pequeño apartamento, fue quemado, incluyendo sus libros, las cartas recibidas, sus papeles. Incluso el papel pintado de las paredes fue arrancado y quemado.

Cuando las noticias de la muerte llegaron a Inglaterra, Fanny entró en un período de luto que duró seis años. Se cortó el pelo, vistió de negro y conservó durante el resto de su vida, su anillo de pedida. Durante mucho tiempo, salía de casa a cualquier hora a vagar por los campos, leyendo una y otra vez las cartas de Keats.



En Italia, el médico que había atendido gratuitamente a Keats, el doctor Clark, se encargó de pagar todos los gastos del entierro y encargó que se plantaran margaritas sobre su tumba. En su lápida se inscribió este epitafio:

> *"Aquí yace uno cuyo nombre fue escrito en el agua"*

Años después, Joseph Severn, quien había cuidado a Keats en sus últimos días, vio cumplida su voluntad. Ser enterrado junto a la tumba de John Keats. Allí reposan los dos, en el cementerio inglés de Roma.

Y ahora están ahora mismo los restos de John Keats. Ahora ya tranquilo, ya sin sufrimiento. En paz. Su cuerpo ya descansa. Pero Keats no ha muerto.

No, amigo Keats. No estás muerto. Estás vivo.

Tu obra fue tu consuelo y aún hoy nos consuela. Tuviste tan poca felicidad y nos has hecho tan felices. Hace tiempo que te debía este homenaje, amigo mío.

Tu nombre no está escrito en el agua. Está grabado en el corazón de muchos. Y en el mío. Para siempre.

Un poeta no puede morir mientras sea leído.

Gracias Keats. Gracias Fanny.